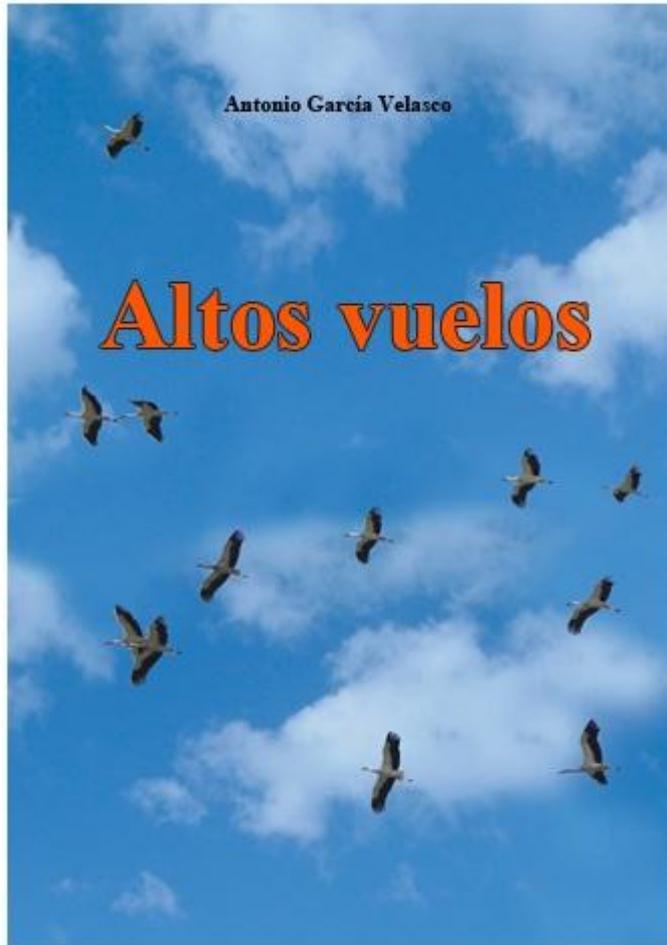


Antonio García Velasco

Altos vuelos



Edición digital de Libros ENCASA Ediciones:
www.librosencasa.es

Altos vuelos

Antonio García Velasco

NOVELA

Es el poder *psi* el que sume a los físicos en un abismo de
perplejidad.
El *psi*, del que se ignora la esencia y la naturaleza sería, según se
piensa, unas ondas desconocidas detentadoras de poderes
físicos, emitidas por el pensamiento o por el deseo.
Tal vez podríamos decir: por la fe absoluta.
(Rober Charroux, *Archivos de otros mundos*).

I

1. LA EXTREMADA PIEDAD DE SIMÓN CANTALICIO

Simón Cantalicio Alfar era sumamente respetuoso con los preceptos de su religión. Siempre los guardaba con extremado celo, aunque algunas normas eran de muy difícil cumplimiento y más, si tenemos en cuenta que su vida discurría en el marco de nuestro mundo mecanizado, de continuo ajeteo automovilístico, de un ir y venir constantes de un lugar a otro, de permanentes desplazamientos, cada vez a mayor velocidad.

En numerosas ocasiones, por ejemplo, se le había ofrecido la invitación a montar en coche para recorrer la distancia que separaba su casa de la alfarería, el lugar de trabajo. Se negó siempre con rotundidad, cumpliendo así el precepto de no utilizar jamás un medio de transporte ajeno al propio cuerpo.

Algunos amigos, vecinos e incluso clientes habituales le razonaron insistentemente acerca de las ventajas de los modernos medios de transporte, mecánicos y veloces y, sobre todo, no causantes de sufrimientos a animales de especie alguna, si es que era el afán de no causar daño a seres vivos era la justificación de tan severa norma religiosa. Pero el negó siempre: "No, no puedo. El mandamiento lo dice: *Nunca te trasladarás de un lugar a otro por medios ajenos a las capacidades naturales de tu propio cuerpo.* Con el recitado de la norma divina daba por concluida la discusión.

Es cierto que, en ocasiones, tuvo angustiosas dudas: sus antepasados e incluso, más recientemente, sus maestros vivieron tiempos en los que las posibilidades de traslado o viaje se reducían a los propios pies o a los llamados, por otras gentes, animales de carga y monta. Ahora, la técnica pagana ofrecía extraordinarias posibilidades mecánicas que, aun los sumos pontífices de otras religiones, utilizaban en desplazamientos hacia tierras lejanas sin causar daño a ningún animal con el peso de la propia corpulencia. Era, por supuesto, un argumento digno de consideración que justificaba cualquier duda teológica y obligaba a replantearse el riguroso precepto.

Pero la nueva lectura de la norma imponía su dictado y alejaba la comprensible tentación. Porque Dios, se decía, en su infinita sabiduría ha conocido desde siempre que los osados infieles iban a inventar medios mecánicos que permitirían a los hombres viajes a cualquier parte y a grandes velocidades y, si Él lo considerara justo y necesario, hubiese dado otra formulación al precepto. "Con lo cual, añadía, podríamos desplazarnos a la inútil velocidad que los impresionantes ingenios motorizados permiten para que las gentes corran sentadas de acá para allá sin salir de las propias limitaciones personales".

Era, por tanto, innegable que tenía que cumplir como buen hombre de fe, que tenía que respetar las normas religiosas fuesen cuales fuesen las condiciones del mundo, que tenía que vencer las tentaciones que sufriera en una sociedad tan alejada del espíritu piadoso que animaba su conducta.

Simón Cantalicio cumplía con devoción; se desplazaba valiéndose de sus extremidades inferiores, que para ello Dios le dotó de dos incansables y potentes piernas; rechazaba con sonriente firmeza cualquier invitación a emplear vehículo para sus desplazamientos o simple traslado de objetos y muebles.

Su vida era sencilla, pacífica, humilde. Todas sus ambiciones personales tenían el sello del afán de perfección espiritual, del rigor en el cumplimiento religioso, del deseo de alcanzar la profunda sabiduría.

Si alguna vez se vio en la necesidad de subir a los grandes edificios y el portero le brindaba amablemente la puerta del ascensor, con doblada amabilidad sonreía, daba las gracias e iniciaba a pie la subida de las escaleras.

–Mire usted que se trata de un décimo piso –le advertía el empleado.

Y él: "No gaste cuidado: tengo buenas piernas", le extendía la bondad de su gesto. Ponía el otro la cara más expresiva de la inexplicación y el asombro. Lo dejaba proceder.

En los tiempos de tolerancia y respeto con las normas ajenas de conducta, Simón Cantalicio no tuvo los más mínimos problemas de relación con gentes de otras religiones o creencias. Pero los seres humanos, por extraños e inexplicables motivos, se vuelven, en determinados momentos, cerriles y burlones, incomprensivos e intransigentes, tercos y fanáticos.

Sobrevino una de aquellas épocas de intolerancia y burla. Las gentes comenzaron a forzarlo a subir a sus automóviles, a reírse de él porque se negaba, a ponerle motes insultantes a causa de su fe religiosa.

Poco a poco, su vida se convirtió en monte de espinas, en cuesta de sobresaltos y humillaciones. Por las noches, al volver a casa, solía caer en profundos estados depresivos en los que sólo encontraba el consuelo de la oración. Pero la expectativa de nuevas mofas cuando amaneciese el día, le iba minando la moral, restando fuerzas, causando continuo sufrimiento.

–Pero, ¿qué clase de Dios es el tuyo que te obliga a ir andando penosamente habiendo, como hay, máquinas que ahorran el caminar!

–A donde tienes que ir es a ti mismo –respondía él con humildísima voz.

–Estás loco. Dios no puede oponerse al bienestar de los hombres. Dios no puede decretar mandamientos tan inútiles como el que te impide utilizar vehículos para tus viajes o transportes.

–Dios sabe perfectamente lo que es útil y lo que es inútil: los hombres, no. Por el contrario, se crean necesidades absurdas que los apartan de la verdad y la sabiduría.

–¡Es imposible razonar contigo! –lo dejaban con solemne mohín de desprecio.

Aquellas eran conversaciones amables en comparación con los insultos habituales que recibía, con las burlerías, zumbas, chanzas que tenía que soportar.

Su fama creció. La prensa, la radio, la televisión se ocuparon de su persona, muy a su pesar. Porque el hecho contribuyó a aumentar el número de los burladores. Muchos

acudieron a su itinerario cotidiano para verlo y reírse, lanzarle pullas, brindarle, en tonos jocosos, vehículos de todas las marcas y características. Llegaron al punto de extender la burla a su propio Dios. Y ello ya resultaba intolerable. Simón Cantalicio agachaba la cabeza entonces, caía sobre el suelo de rodillas y entonaba una plegaria de desagravio:

–Oh, Dios de la bondad y la infinita sabiduría, perdónalos y perdóname por no haber sabido ocultar mis creencias a un mundo tan intolerante y cruel. Oh, Dios mío, Dios mío, perdón te pide este tu siervo, último entre los últimos.

Se levantaba y continuaba el trayecto, corriendo velozmente. El espectáculo causaba un despiadado clamor de diversión y sarcasmo colectivos. Y, en contraste, un profundo dolor en el ánimo de Cantalicio.

–No seas imbécil, Simón. Van a acabar contigo. Las burlas son cada vez más crueles y zafias. Debes replantearte tus creencias. Observa que Dios ha hecho el mundo hermoso y amplio y ha puesto sobre él a los hombres para que lo dominen y gocen. Los vehículos son los medios para ver el mundo, para apreciar la magnitud de la obra de Dios.

Aquel argumento de su amigo le produjo de nuevo la duda. "Pensaré en ello", dijo. Y pensó. "Oh, Dios mío, pero si Tú, en tu infinito saber, quisieras que los hombres viajáramos por todo el mundo a grandes velocidades, nos hubieses dotado de alas potentes o de piernas aún más rápidas... No puede ser, Dios mío, no puede ser. Tus preceptos tienen sentido aunque se me escape en estos instantes de vacilación y dolor".

Creció la punzada de la hostilidad de las gentes. Mas, con el sufrimiento, Cantalicio hizo crecer su piedad, la firmeza de sus convicciones religiosas, la robustez de las columnas que sostenían su conducta.

Pero las gentes y sus intolerancias parecían decididas a no acabar las burlas y las bromas pesadas. Como si una confabulación ciudadana lo persiguiera a todas horas con la implacable intención de destruir definitivamente su voluntad. En efecto, un día, al paso de Cantalicio por la plaza, se congregó toda una muchedumbre sedienta de diversión a costa del sufrido devoto. Lo rodearon en actitudes inquisitoriales, acusadoras, en concierto de escandaloso escarnio.

En la euforia de la chufla multitudinaria, en medio del fervor tumultuoso que insuflaba la conducta colectiva, de pronto, Simón Cantalicio, en contra de lo que esperaba en aquel momento de superior humillación, comenzó a sentir como un profundo resplandor interno, como una gracia especial que lo impulsaba desde dentro, como una fuerza que podía elevarlo. Quiso utilizarla y respiró profundamente y, al impulso, levitó ante el asombro de todos los presentes.

Simón Cantalicio podía volar, trasladarse a gran velocidad por los aires leves, remontarse a los cielos gracias al impulso de su propio cuerpo. Estaba maravillado: su Dios había querido premiarlo por la resistencia demostrada, por su piedad, por el indeclinable respeto con que siempre cumplió los preceptos divinos.

2. EFECTOS DEL SUCESO

El asombro sobrecogió a la muchedumbre. Algunos cayeron postrados de rodillas, pidiendo perdón, arrepentidos, maravillados, prendidos en la duda: ¿era, acaso, el Dios de Simón Cantalicio el Verdadero Dios? ¿Qué magia, qué poder, qué técnica, qué mecanismo oculto había impulsado al devoto, que se elevó a los cielos como pluma batida por el remolino del huracán? Una inquietud, una suerte de angustia inexcusable oprimió el ánimo de todos los testigos.

La plaza entera, antes mofa y rechifla, tumulto burlón e intransigencia despiadada, quedó cubierta de silencio, de suprema quietud, de maravillada inexplicación. Y, luego, tras el estático desconcierto, poco a poco, las gentes fueron abandonando el lugar, cada uno con su reconcomio interior.

Los medios de comunicación difundieron velozmente la noticia y el mundo entero se hizo eco del suceso.

Unos negaban y situaban el caso en las coordenadas de los bulos que tienen como misión distraer la opinión pública con cuentos maravillosos, mientras los gobiernos toman decisiones impopulares u ocultan fraudes, errores, cohechos, prevaricaciones.

Otros pidieron explicaciones aceptables, lógicas, científicas: porque imposible es admitir que Dios, un Dios cualquiera, se avenga a premiar la piedad de un devoto, mucho menos cuando era tan absurdo el mandamiento, único conocido, que tan férreamente había cumplido Simón.

Las televisiones del mundo se apresuraron a desplegar medios técnicos y humanos para tratar de dar imágenes del piadoso hombre volador. Las agencias de noticias, las revistas, la prensa toda, procuraron el máximo de detalles sobre la religión de Cantalicio y el número de adeptos. Fueron interrogados amigos y familiares, se buscaron escritos, se recogieron testimonios variados y más o menos fidedignos. La polémica estaba planteada a todos los niveles.

Mientras el asunto quedó en palabras, nadie puso el grito en ningún cielo. Pero, a nivel mundial, sobre todo en las grandes ciudades, se experimentó un considerable descenso del uso de vehículos de motor. Largas filas de gentes poblaron las aceras y las calzadas camino del trabajo. Por todas partes se pedían zonas y calles peatonales y los ediles más sensibles plantearon en los siguientes plenos municipales la demanda popular.

Es cierto que, por aquellas fechas, las voces más consecuentes del movimiento ecologista habían promovido campañas de concienciación colectiva sobre la contaminación producida por los coches, sobre la necesidad del ejercicio físico no violento, como andar, sobre todo como andar, para prevenir enfermedades cardiovasculares. Es cierto que los llamados verdes propugnaban una vuelta a la vida compaginada con la Naturaleza, en la que estuviesen desterrados muchos de los insanos hábitos de la vida moderna. Pero la fiebre andarina, la pasión por caminar se acrecentó alarmantemente tras la ascensión celestial de Simón Cantalicio y la consiguiente difusión de los principios de sus creencias religiosas.

Los fabricantes de automóviles, los talleres mecánicos, las empresas extractoras, manipuladoras, distribuidoras de carburantes solicitaron la prohibición y la más cortante censura de toda noticia referida a la perversa religión. Lógicamente, los gobernantes, teniendo en cuenta el tanto por ciento tan elevado que la industria automovilística representa en el producto interior bruto, escucharon la propuesta. Y no prohibieron ni censuraron –medida que hubiese resultado antipopular, antidemocrática, contraproducente–, sólo potenciaron una campaña de desprestigio de los principios del llamado Cantalicismo.

Uno de los argumentos más sobresalientes que saltó a la palestra fue el del famoso Hermenegildo Luzán, ideólogo, articulista, catedrático de Filosofía, Profesor invitado en setenta y siete Universidades de todo el mundo. Las líneas generales de su pensamiento podríamos resumirlas en dos postulados:

Primero: Simón Cantalicio y su doctrina son contrarios a todo progreso y, por tanto, reaccionarios, retrógrados e inadmisibles. Los evangelios, por ejemplo, atribuían a Cristo frases y enseñanzas opuestas al progreso, que, de haber sido aceptadas literalmente, hubiesen conducido al estancamiento de la civilización. Se tomaron como metáforas, como símbolos, como paradigmas de que no debemos afanarnos demasiado por los problemas materiales y, consecuentemente, nos ha ido bien en el mundo occidental.

(Los cristianos pidieron pronto explicación acerca de tales enseñanzas y el doctor Luzán dejó escuchar su erudición citando, por ejemplo, a Mateo 6,19-20 y a Lucas 12,22 y ss.: "...No os inquietéis por vuestra vida, por lo que comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué lo vestiréis. Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Mirad los cuervos: no siembran, ni siegan, no tienen despensas ni graneros, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros! [...] No andéis buscando qué comeréis ni qué beberéis, ni estéis ansiosos. Porque son los paganos quienes buscan estas cosas con afán. Como vuestro padre ya sabe que las necesitáis, buscad su reino, y se os darán por añadidura..." Adujo, no sin escándalo cristiano, que, de haber seguido estas doctrinas, la humanidad entera se hubiese estancado y estaría pasando hambres y calamidades, como el llamado Tercer Mundo, cuyos habitantes parecían vivir despreocupados respecto a las necesidades futuras relacionadas con el qué comeremos, con qué nos vestiremos).

Del mismo modo, los mandamientos que Simón Cantalicio se empeñaba en cumplir estaban bien como ejercicio de masoquistas cerrados a las luces de la civilización, o como exageraciones y poses ecologistas para invitar a la reflexión, a la toma de medidas urgentes que palien la contaminación y el deterioro del medio ambiente. Y nada más.

Segundo: el "fenómeno de la levitación" –así, entre comillas lo decía– requiere una investigación urgente, cuando no la aceptación de que se trata de un truco y, por tanto, es preciso olvidarlo cuanto antes, no dejarse seducir por unas apariencias engañosas, volver a la cordura y a la razón.

(Aquí, en este punto, le preguntaron si acaso Simón Cantalicio podría ser un extraterrestre que, de pronto, ante el acoso, recobró los poderes perdidos que la gravedad y atmósfera terrestre le conferían a los de su planeta. Hermenegildo Luzán no pudo reprimir la carcajada y, tras la risa, argumentó: "El fenómeno Supermán es sólo la

fantasía de un autor de historietas que el cine transformó en espectáculo de masas. No se confunda la realidad con el cuento".

–Pero fue visto por muchos: Simón Cantalicio, por su propio impulso, se elevó a los cielos. Decenas de testigos han declarado, por separado, sobre la certeza del hecho y han coincidido en los detalles.

¿Acaso no existen probados fenómenos de histeria colectiva, de psicosis de masas, de alucinaciones generales?, fue la pregunta-respuesta del docto).

Nadie tenía noticias ciertas sobre Simón Cantalicio. Pero su doctrina encontró una inesperada acogida: se produjeron ansias sinceras y masivas de conversión, se despertaron los deseos más fervientes de encontrar al profeta, al guía espiritual, al Sumo Pontífice de la Nueva Religión. Y, mientras tanto, no sin alarma por las proporciones que tomaba el asunto, la campaña de desprestigio continuó, alentada desde los poderes gubernamentales y económicos.

3. UN AMOR DESCUBIERTO DE SIMÓN CANTALICIO

–Yo conozco bien a Simón Cantalicio –manifestó, no sin ansias de notoriedad, Lorena Paz ante los micrófonos de la media docena de entrevistadores que realizaban encuestas por encargo de otros tantos periódicos, agencias de prensa o emisoras de radio.

–¿Por qué? –le preguntaron inmediatamente.

–He sido su amante.

La noticia conmovió a la opinión pública y fue celebrada por los difamadores que orquestaban la campaña de desprestigio contra la recién descubierta religión.

El avispa Guido Prat, reportero prestigioso del semanario **Muestra**, ofreció a Lorena los beneficios de una exclusiva y la secuestró literalmente en las habitaciones de un lujoso hotel. Tres días después de las primeras declaraciones, aquella desconocida fue la portada de **Muestra** y el motivo de una segunda edición del número correspondiente.

Guido Prat prestó su pluma a la lengua de la mujer y apareció el primer capítulo de memorias de la amante de Simón Cantalicio, profeta, apóstol, iluminado religioso o ¿acaso impostor?

Contaba Lorena-Guido Paz-Prat que un día llegó al taller de Simón. Quería comprar unas piezas de cerámica para regalar a una amiga. El devoto estaba solo, en el torno, moldeando el barro. Se quedó paralizado. Lorena pensó que había parado para atenderla y que se dirigiría inmediatamente a ella.

–Pero no, no hizo nada, solamente fijó en mí sus ojos, como obnubilado. Me quedé cortada, sin saber qué decir, qué hacer.

Por una parte, aquellos ojos limpios, sinceros, en aquella cara de buena persona, fijos en su figura la halagaban; por otra, la asustaban, la inquietaban.

–Al cabo de los minutos, eternos para mí, se puso de pie... "Es usted la mujer más bella que ha pisado este humilde taller", me dijo.

"Gracias", acertó a contestar, mientras la mirada del profeta permanecía fija en los hermosos ojos de la joven...

–Puedo asegurarle, señorita, que estoy prendado de usted. No me lo tome a mal, por favor– dijo el ceramista.

¿Como iba ella a tomárselo como ofensa? Aquellas palabras, pronunciadas en aquel tono amable, sincero, profundo, constituían una loa, una alabanza, un tierno piropo. Se sintió azorada. Lorena era muy joven entonces, apenas hacía un año que había acabado la enseñanza media. Experimentó una conmoción emocional y no pudo sustraerse al ademán persuasivo de Cantalicio.

"Comenzó a enseñarme el taller. Me explicó el proceso de su artesanía. Me hizo moldear el barro... Le prometí volver al día siguiente".

En este punto dejó Prat-Paz el primer capítulo de aquella imprevista historia.

Para unos fue suficiente para llegar a la conclusión de que el llamado Profeta sedujo a la joven aprovechándose de la inexperiencia de ella, tendiéndole el engaño de sus mansas maneras. Para otros, la crónica tenía los tintes de la mala intención de desprestigiar al piadoso, si bien se quedaba en las notas ambiguas del periodismo que busca lectores a toda costa. Unos terceros leyeron con el gesto defraudado del que no ha encontrado satisfacción a sus expectativas.